

Último concierto

Manuel Capetillo Robles Gil / Esc. de Arquitectura *

Después de escuchar a Ravel en esa forma no hay más que pensar en cualquier cosa. Les insistí tanto a los dos que viniéramos, que ahora me siento un poco avergonzado. Lourdes no hace comentarios durante el intermedio, en relación con los de Octavio y míos, porque está muy condescendiente y da la impresión de no querer lastimarme. Anoche dormí mal y me siento muy cansado. Cuando veníamos hacia el teatro, Lourdes platicó bastante, casi igual que hace años, pero, después de Ravel . . . y es que cada músico realizó su trabajo sin importarle el resto de la orquesta, y a pesar de eso el público aplaudió como si hubiera sido algo magnífico. Octavio dice que la causa está en que Jholvitz, a pesar de ser un genio, como se indica en el programa, no supo adaptarse a los atrilistas; yo no sé. Ni siquiera contesta Lourdes cuando Octavio le pregunta qué opina de aquello, sino que más bien se hace la distraída, y luego dice que los tres estamos muy contentos, y que qué bueno que venimos, que hacía mucho no salíamos juntos. Octavio parece molestarse y hasta se burla en forma injusta de Lourdes; me dice algo absurdo sobre el agradecimiento solemne de “la niña”, que me ha hablado como si después del concierto nunca más pudiéramos reunirnos. Yo le tapo la burla y seguimos criticando la ejecución, hasta el momento en que estamos instalados de nuevo en nuestras butacas. No quiero dormirme cuando toquen la Primera Sinfonía de Mahler. Las luces se apagan gradualmente. “Apuesto a que de Kausen no vamos a notar nada”, me dice Octavio muy quedo y muy cerca, mientras Jholvitz se coloca frente a la orquesta; “puro ruido, pero ya verás cómo dejan al pobre de Mahler, su marcha grotesca va a ser precisamente eso”. Me disgusto con él: “¡sí y toda la sinfonía!”, le contesto a media voz, pensando en que tal vez Octavio supone que podría substituir a Jholvitz. Y alguien atrás de nosotros empieza a callarnos. Lourdes le hace un gesto a Octavio cuando aporrean el piano y golpean las cuerdas y soplan muy fuerte a través de trompetas y trombones. Por supuesto es inútil tratar de dormir. En cambio al cerrar los ojos me pasan muchas imágenes bastante curiosas, como si estuviera medio soñando. Con algún redoble inesperado, veo inmediata-

* Del Taller de Cuento.

mente un conjunto de manchas que se mueven al compás; y hago un esfuerzo y logro imaginar, a veces, que tienen formas humanas; me entretengo los diez minutos que dura lo de Kausen. Con los ojos entrecerrados, veo al director sumamente pálido, cadavérico, moviéndose a través de todo el escenario. Convierto a la orquesta en una sola masa negra, y hago que flote muy despacio, ajena a la interminable serie de ritmos que se suceden. Creo que después de todo voy a tener mucho sueño cuando llegue Mahler. Alguien da un tamborazo tremendo, abro los ojos completamente y me desilusiono al ver que todo está bien, excepto que siguen con Kausen. Lourdes voltea para decirme no sé qué con la mirada y aprieta un momento mi mano izquierda con las suyas. Octavio mira nuestras manos; yo lo veo y entrecierro los ojos y después giro mi cara hacia el público delante de nosotros en el tercer piso, con los párpados en esa misma forma, entrecerrados, y veo que todos los músicos y el director ahí siguen con lo mismo. Sin embargo es bueno estar reunidos. Lourdes y Octavio conmigo. No por invitación que ellos me hubieran hecho, sino porque yo así lo quiero para este último concierto de la temporada. "Faltan seis", me dice Octavio, como si adivinara lo que estoy pensando. Octavio siempre me corrige. Hace años me hacía preguntas, muchas, todo el tiempo. Lourdes era la que insistía en que viniéramos. Claro, el concierto era el pretexto para juntarnos. Y me imagino que porque estamos aquí pienso que todo lo que nos ha unido siempre es la música. Eso no es cierto, ¡qué va! Pero aquí Octavio guarda silencio. Después de iniciarme, ellos dejaron de venir; poco a poco fui omitiendo comentarios sobre las temporadas cuando los tres nos citábamos, al darnos cuenta que había pasado mucho tiempo sin vernos. Pero no a Lourdes, porque a ella sí la veía más seguido; le contaba los mismos detalles que me había enseñado años antes. Cinco, seis años. Lourdes no me hacía preguntas; sólo señalaba pasajes importantes, algún acorde, algún sonido determinado; hablábamos de muchas cosas que no tengo interés de recordar ahora, de nada que hubiera ocurrido en la semana anterior o que fuera posible que ocurriera en la siguiente. Seguramente lo de Kausen terminó hace mucho. ¿Qué pasó con los aplausos? El público siempre aplaude. Algunos cuántos lo hacen estrepitosamente. Lourdes aplaudió casi nada después de lo de Ravel: suite número dos; unos sonidos en contra de los otros. Pareció música del repertorio de vanguardia en su primer ensayo. Mahler es grandioso. No me acuerdo por qué llaman a esta sinfonía "El Titán". Sí, desde luego no deja de ser "formidable", pero no muy en serio sino jugando. ¡Eso es!: una burla colosal, un drama común, poco interesante, mostrado por un artista notable. La inestabilidad de los sonidos se resuelve. ¿De qué hablarían Octavio y Lourdes al terminarse lo de Kausen, mientras empezaba la Primera Sinfonía? Tal vez intervine sin darme cuenta. Pero no, no en este día; ¿por qué no puedo permitirme hoy no darme cuenta de cada una de mis palabras, tal vez de las últimas que digo a Lourdes? Pero esto es una tontería. Bueno, porque intuyo que es un día muy especial, algo así como el último antes de una despedida. No tiene sentido. Lourdes recordó, cuando veníamos en el auto, que antes a mí no me gustaba Mahler. Octavio se rió y dijo que aquellas, las de hace años, eran mis primeras poses clásicas, de snob diletante que ignoraba casi todo; eso dijo, o algo parecido. En realidad ahora me distraigo mucho; divago demasiado. Escucho a una orquesta, y veo a otra. ¡Con Octavio es imposible!; a veces no quisiera volver a verlo, en especial cuando toma esa actitud de profesor de secundaria al comenzar por primera vez un curso, y no es otra cosa sino eso al hacerme su serie de preguntas. El tema de Mahler se manifiesta claramente. Lourdes, Octavio y yo somos amigos desde que alguien me regaló un abono y tuve que acompañarlos. Tres personas aplauden. Va a empezar el segundo movimiento. Siempre ese sonido

que se trata de alcanzar y que sólo se alcanza en el primero y el cuarto. Toda la Sinfonía en brillante y solemne, con algo de caricatura sobre el Himno de la Libertad. En los cuatro tiempos domina esa falta intencionada de equilibrio, cubierta de todo un aparato farragoso inmejorable. Estamos en el segundo; son danzas populares, música ligera que me hace pensar en campesinos europeos. Tengo la impresión de que Lourdes quiere despedirse cuando empieza la marcha fúnebre del tercero: acaricia de nuevo mis manos y mi mejilla izquierda. Octavio dobla su cuerpo delante de mí y la regaña, quita sus manos de mi frente y de mi nuca. Descubro la perforación en la bóveda del teatro. Entrecierro los párpados nuevamente e imagino que entre fanfarrias de circo y de luto por el rey, Octavio es rey, es un rey muerto para Lourdes y para mí. Tercer movimiento. El director y Octavio se parecen. La perforación está casi arriba de nosotros, Octavio dirige magistralmente. La otra butaca al lado de Lourdes está vacía. Aprieto aun más los ojos. A Octavio se le cae la batuta. Atraigo a Lourdes hacia mí o yo me acerco hacia ella; nos besamos durante minuto y tres cuartos. Octavio no encuentra la batuta. Empieza el estrépito del cuarto movimiento. Abro los ojos. Octavio está furioso, nos separa al regresar a su butaca; sé que quisiera estar sentado entre los dos. La perforación del techo es muy pequeña, intensamente azul. Se repite el tema del primer movimiento, aquella inclinación hacia determinado sonido que se ha venido arrastrando durante toda la Sinfonía. Da la impresión de que todo va a repetirse. Continúo con los ojos abiertos. Octavio hace visibles esfuerzos por controlar a los músicos. Algunas personas se levantan de las butacas que hay en el primer piso al oírse el principio de los últimos acordes. La inmensa mayoría del público espera el momento cuando Octavio se dé vuelta, para aplaudir ensordecedoramente. Las puertas están cerradas. Lo azul de la abertura permanece. Cierro y abro los ojos. Octavio indica la entrada para el segundo movimiento. Lourdes me ve e imita lo que hago. La Primera Sinfonía de Mahler se prolonga más allá de lo previsto. Intento levantarme, pero Lourdes me sujeta cariñosamente. Abajo algunos empujan con el hombro las puertas. En los pisos segundo y tercero nadie se ha separado de su asiento. El Octavio que está junto a nosotros arranca de mi brazo las manos de Lourdes, y ella cierra los ojos y los aprieta y duerme. Octavio no me estorba que la bese en la frente. Las luces débiles que iluminan los pasillos desaparecen. La marcha fúnebre empieza nuevamente. Todo está a oscuras, menos los atriles de los músicos. Octavio se convulsiona para indicar lo grotesco de la marcha. Lourdes no se da cuenta que me paro y me acerco al pasillo. En el primer piso las personas que están de

pie regresan a su asiento. Cuando llego al final de la fila alguien vuelve a encender las lucecitas, obedeciendo a una seña que aquel Octavio frente a la orquesta hace entre el tercero y cuarto movimientos. Con el estruendo que inicia el último Lourdes despierta, o abre los ojos, en caso de no haberse dormido, y toma las manos de este Octavio junto a ella, que ocupa mi asiento al haberlo yo abandonado. En el cuarto movimiento se perfilan los mismos acordes con que empieza la Sinfonía. Muchas personas de los tres pisos intentan escapar. El tema principal del primer movimiento se desarrolla completamente y empiezan las danzas del segundo. Todos regresan a colocarse de nuevo en sus butacas, pero yo me quedo en la parte más alta del tercer piso, pegado a la bóveda, en la curvatura que desde aquí se desprende. Octavio dirige sin el saco y con la camisa semiabierta. Jholvitz, junto a Lourdes, no aprueba esa conducta, y realiza con las manos y la boca algunos movimientos casi imperceptibles que así lo indican. Se escucha la marcha fúnebre del tercer movimiento. Estoy a la mitad del camino entre la intersección de la bóveda con el suelo y el lugar donde aún puede apreciarse la pequeña abertura o salida. Los asistentes nombran comisiones que se alternan para tratar de romper las puertas. Lourdes me descubre y se da cuenta que está tomando las manos de Jholvitz, cuando caigo después de deslizarme en la bóveda aproximadamente seis metros con cincuenta, porque hago mucho ruido al golpear con la cabeza el respaldo de una butaca de la quinta fila, contando de arriba para abajo, y con los pies la cabeza de una joven que duerme, la cual grita en forma demasiado aguda y molesta. Durante el principio de un cuarto movimiento de esta sinfonía de Mahler logro alcanzar la orilla de la perforación que hay en la bóveda. Cuando se repiten las notas del primer movimiento, parece que los comisionados para forzar las puertas desisten en forma definitiva. Octavio sube y se pone junto a Jholvitz, mientras la orquesta sigue sola interpretando a Mahler, e impide que Lourdes mire hacia la perforación, donde me encuentro. Jholvitz empuja a Octavio y le dice que nada tiene que hacer allí, pero no logra que Octavio se vaya. Tres hombres, cuatro adolescentes y una señora algo gorda me siguen. Octavio sujeta a Lourdes con cuerdas, la amarra firmemente a la butaca. Octavio baja a dirigir el cuarto movimiento; empieza otra vez el primero de la Sinfonía. Lourdes mueve algunos dedos que le quedan libres en señal de despedida, en el momento en que paso al lado de afuera. Miro mucho tiempo hacia abajo, veo los dedos de Lourdes que se mueven, y cuando dejo de hacerlo me doy cuenta que estoy en un lugar encerrado y lleno de muebles viejos. Dejo de escuchar a Mahler. No oigo absolutamente nada en este sitio.